

## DON ELÍAS SERRA COMO PERIODISTA

Por *Eliseo IZQUIERDO PÉREZ*

Antes que como alumno y discípulo suyo, conocí a don Elías Serra a través de la lectura de sus escritos en los periódicos tinerfeños, donde su firma aparecía con frecuencia. Por lo común, estos artículos tenían un vivo sello de actualidad, que no obstante el maestro procuraba llevaran el respaldo de la historia. Eran, las más de las veces, comentarios agudos y muy sabrosos, sobre temas insulares o que tenían alguna conexión con nuestras islas, contemplados siempre con una óptica muy personal.

Pasó el tiempo, y el contacto directo con el querido e inolvidable profesor, en las aulas de la que todavía era incipiente Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Laguna, me hizo comprender la importancia que don Elías concedió siempre a esa labor periodística suya, extendida a todos los diarios y revistas del Archipiélago, pero preferentemente de Tenerife. Para él, no era esta tarea una actividad complementaria, una distracción o un *hobby*. Por el contrario, era una necesidad vital. En don Elías Serra, junto a una vida interior muy rica, una gran capacidad de trabajo, un sentido crítico acusado y una curiosidad intelectual permanente, se daba también una exigencia imperiosa de comunicación. Es cierto que esa exigencia se cumplía en él, en

buena parte, mediante la labor de cátedra, la investigación, y la publicación de trabajos científicos. Sin embargo, era con su presencia frecuente en las páginas de los periódicos como llenaba y lograba satisfacer de forma total tal necesidad. Porque don Elías, lejos de recluirse en el ámbito de las estrictas obligaciones profesionales o polarizar sus actividades extradocentes en trabajos únicamente accesibles a minorías cualificadas, entendió bien pronto que su misión de profesor universitario le obligaba no sólo a esto, sino también a tomar contacto directo con el hombre de la calle, y despertar en él estímulos intelectuales, orientarlo con sus consejos, brindarle sus personales puntos de vista sobre temas que afectaban a la comunidad en que se desenvolvía su vida; para, incluso, polemizar, lanzar diatribas si llegaba el caso, y hasta oponer su profundo desacuerdo, sus “no” rotundos, en cuestiones que tocaban su sensibilidad. En una palabra, estaba convencido de la obligación moral de participar de manera activa en la vida de la sociedad a que se encontraba vinculado, dialogar con sus hombres, comunicarles sus preocupaciones, sus aspiraciones, sus anhelos.

En realidad, ésta fue una actitud humana común a la casi totalidad de catedráticos y profesores de los primeros tiempos de la Universidad de La Laguna. Unos profesores que no se encerraron en su caparazón o se aislaron más aún dentro del aislamiento a que forzosamente se veían constreñidos, y supieron ver de manera bien clara que no podían recluirse en los muros de una universidad que estaba en mantillas, y llevaron su labor y su inquietud más allá de las aulas, en el deseo de contribuir a la creación de un clima de auténtica preocupación intelectual. Recordemos, en este sentido, la batalladora labor periodística y de conferenciante del primer rector, don José Escobedo y González-Alberú, o la del profesor Alonso-Villaverde y Moris, cuya pluma estuvo, siempre que fue necesario, atenta a defender los intereses insulares, sobre todo en lo que afectaba a la Universidad; dos ejemplos, más entre otros muchos, de hombres que llegaron a las Islas y se identificaron muy pronto con las preocupaciones y los afanes insulares y en su planteamiento o solución intervinieron, aportando saberes y experiencias. Uno de estos hombres fue precisamente don

Elías Serra. Su manifiesta compenetración con la sensibilidad canaria, sobre todo con Tenerife, se tradujo en una obra ingente, de la que no puede quedar marginada la amplia labor periodística que desarrolló aquí a lo largo de más de cuarenta y cinco años. Porque es cierto, como muy bien ha señalado el doctor Régulo Pérez, que “desde la lejana revista ‘La Rosa de los Vientos’ y el antiguo diario ‘La Prensa’, apenas hay publicación periódica tinerfeña donde el doctor Serra no haya colaborado, con artículos modelo de periodismo científico, matizados de agudas observaciones, en estilo lúcido y expresivo”.

Ahí está, en el número uno de aquella gran aventura literaria que se llamó “La Rosa de los Vientos”, su artículo *La famosa elección de académicos* como primera colaboración que continuaría en los números siguientes de la corta vida de esta singular publicación isleña alentada por el entusiasmo de Ángel Valbuena Prat y del malogrado Agustín Espinosa. De ahí en adelante, hasta poco antes de su muerte, son incontables los artículos, trabajos, cartas, apostillas, notas, etc., que don Elías Serra envió a los periódicos de Tenerife sobre todo.

No fue, es verdad, un profesional del periodismo. Pero lo vivía. Don Víctor Zurita me contaba que don Elías solía llevarle personalmente los trabajos y le agradaba sentarse a charlar en la Redacción, en el destartalado caserón viejo de la esquina del Combate, entre periódicos y olor a tinta de imprenta. Y en la “Revista de Historia Canaria”, tenemos múltiples ejemplos de lo que es un periodista de cuerpo entero, que sabía construir perfectamente un editorial, y recoger, en un noticiario de indiscutible valor, lo más granado y vivo de la actualidad científica y cultural de las Islas en el período de tiempo que abarcaba cada número.

Este periodista de vocación, que tenía la virtud de encontrar tiempo, entre sus muchas y muy dispares actividades intelectuales, para escribir unos artículos que son modelo de calidad, poseía cualidades innatas para este menester. La curiosidad de espíritu, el sentido de la actualidad, la valoración de la noticia, una pluma precisa, se daban en don Elías Serra. Puestos a señalar sus principales virtudes, sin duda son la claridad, la amenidad y la ironía. Lector inveterado y dueño de una mente lúcida y muy or-

denada, su prosa es ejemplo de diafanidad. Escribía con soltura. Su estilo es jugoso, terso, de sintaxis perfecta; discurre bajo el signo de una naturalidad y de una sencillez envidiables. De ahí la amenidad de sus artículos, salpicados sin poderlo remediar de notas irónicas que revelan un aspecto interesantísimo de su personalidad. Fue un hombre de gran sentido del humor que a veces no podía menos que dejarlo resbalar con cautela hasta los bordes mismos de la burla. Tenía conciencia de los poderes y de las limitaciones de la prensa. De ahí que nunca se le ocurrió enviar a los periódicos, para su publicación, un trabajo de erudición pura. Frente a la costumbre de algunos estudiosos canarios de verter el fruto de sus trabajos en las columnas de la prensa diaria con preferencia a las revistas especializadas, el doctor Serra Ràfols nunca lo hizo, pues consideraba esto “un seguro error”. Tenía en cuenta el posible atractivo, no muy amplio, del público tan variado de la prensa y, de otra parte, lo efímero de la vida de una publicación diaria. No obstante —decía—, “cuando estas colaboraciones sobre temas científicos son escritas pensando ya en las naturales limitaciones de público y son además debidas a plumas conocedoras y aún especialistas en el tema tratado, serán sin duda aportaciones acertadas y justificadas a dicho tipo de prensa y contribuirán valiosamente a la divulgación de las ciencias y en general de la cultura”.

Esto es lo que en todo momento tuvo en cuenta el profesor Serra Ràfols al escribir esos artículos tan claros, tan en apariencia sencillos, tan atractivos, capaces de llamar la atención a un muchacho como yo cuando caminaba por los primeros años del bachillerato y no sabía otra cosa de aquel profesor que escribía con cierta asiduidad en “El Día” y en “La Tarde” y fue un día mi maestro y de él recibí lecciones inolvidables, que lo único que lamentó es no haberlas sabido aprovechar en toda su profunda medida.

Ahora, cuando ya don Elías Serra Ràfols se encuentra en la otra linde del misterio de la vida humana, hecho pura memoria que hoy se ilumina en esta Casa, a él y a todos nosotros tan cara, no podían faltar, en la glosa de su personalidad, unos minutos de atención hacia ese aspecto de su personalidad, a su condición de

periodista nato, de periodista por necesidad de comunicarse, de comunicarnos, más allá del aula y de los libros, en la volandera hoja del periódico, sus alegrías y sus esperanzas frente al acontecer de las Islas, esa parte de la historia viva, de la historia caliente, todavía latido puro, que nunca desdendió, sino todo lo contrario. Porque don Elías Serra, para quien nunca fue ajeno nada que doliera en el corazón de las Islas, sabía muy bien que la historia no comienza o termina en los viejos legajos, en una época concreta frente a la cual podemos situarnos impasiblemente como espectadores. Por el contrario, entendía que la historia la estamos haciendo todos cada día, hora a hora, minuto a minuto, y entre los viejos problemas que el investigador descubre entre folios y los nuevos problemas que aún están frescos en la tinta de las rotativas hay una conexión, más bien, una continuidad indisoluble. Por eso, creo que fue Serra Ràfols no sólo un maestro de la arqueológica canaria, un investigador concienzudo, un profesor ejemplar, sino un periodista de cuerpo entero, a quien, como periodista tinerfeño, me honro en rendirle el merecido tributo de admiración y de gratitud que su figura y su memoria despiertan en todos nosotros.